

Massarelli; éste en todo caso por su gran experiencia en el asunto del concilio.

ogni espeditioe poiche S. Stà. cedendo pochi negocii gli remette tutti a Crescentio, che per natura et accidente va così tardo nelle espeditioe ch'è uno stento il cavargliene una delle mani. El 19 de julio se queja otra vez de las longhezze de Crescenzi. En 9 de agosto notifica: \*S. Stà. non puo star senza lui (Crescenzi) et quand'è seco devon trattar d'ogni altra cosa che de negocii perche di nessun si sentono espeditioe. El influjo de Crescenzi lo acentúa \*\*Buonanni el 7 de octubre de 1550 (*Archivo público de Florencia*). Junto con Crescenzi estaba al lado del Papa el card. Maffei; vide Caro-Farnese, I, 133 y Masio en el Archivo de Lacomblet, VI, 157.

## II. La nueva reunión del concilio en Trento, la oposición de Francia y el litigio tocante al ducado de Parma

### I

Entre los puntos de la capitulación electoral a que se había obligado en el conclave Julio III, estaba en primer lugar la continuación del concilio universal para la extirpación de las herejías y reforma de la Iglesia; y para promover este asunto, el Papa, ya en los primeros tiempos que siguieron a su ascensión al trono, entabló negociaciones diplomáticas con Carlos V y Enrique II (1).

Aun antes de que hubiera emprendido su misión Pedro de Toledo, destinado a negociar con el emperador, creían saber los bien informados, que el nuevo Papa no sólo estaba dispuesto a continuar el concilio en Trento, sino también, caso de exigirlo las circunstancias, en otro sitio, aunque estuviera en medio de Alemania; pero a condición de que se tratara de un concilio verdadero y libre (2). En efecto declaró Toledo de palabra, que creía que el Papa haría semejante concesión, caso que Trento pareciera poco apropiado, con tal que se diera la necesaria seguridad contra toda

(1) Véase anteriormente en la pág. 73.

(2) \*All' imperatore ha promesso di dare il concilio (ma che sia concilio secondo i canoni et non fatto solo per interesse di S. Mtà. come voleva fare al tempo di papa Paulo) in mezo 'l corpo dell' Alemagna (carta de \*Olivo a S. Calandra, fechada en Roma el 15 de febrero de 1550; *Archivo Gonzaga de Mantua*). Véase también la carta de Masio de 17 de febrero de 1550, en el Archivo de Lacomblet, VI, 156.

impertinente intromisión en las cosas de la reforma y respecto a la autoridad de la Santa Sede (1).

Los imperiales no habían esperado esta condescendencia; antes Diego de Mendoza había quedado al principio tan asombrado por la elección de del Monte, que el Papa le hubo de decir: «No hay para qué temer tanto, señor embajador» (2). Carlos V recibió la más agradable sorpresa, y así su respuesta a Pedro de Toledo fué por extremo amistosa: Toledo debía, en su nombre, rogar humildemente al Papa, que convocara el concilio cuanto antes pudiese, y para Trento. Respecto a las seguridades deseadas por Julio III, certificaba el emperador, que sólo deseaba promover lo que fuera para la Sede Apostólica más ventajoso y más grato para el Pontífice, en cuanto dependiera de él y no contradijera a sus obligaciones (3). El 16 de marzo de 1550 enteró Carlos V a su hermano Fernando, que había tenido por bien declarar desde luego al enviado pontificio su aquiescencia al ofrecimiento del concilio, y que para tomar al Papa por la palabra, convocaría ahora la Dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo (4).

Aun antes de la llegada de Toledo, Carlos V había despachado a Roma, como embajador para felicitar al Papa, a su privado Luis de Avila con un escrito, en que declaraba al Papa su ánimo enteramente dispuesto para la defensa de la Iglesia. Julio III recibió al embajador el 25 de marzo de 1550, y le manifestó a su vez su intención de procurar el contento del emperador así en el asunto del concilio como en todos los demás (5).

En abril de 1550 confió el Papa las deliberaciones acerca de la cuestión del concilio a una comisión de siete cardenales: de Cupis, Carafa, Morone, Crescenzi, Sfondrato, Pole y Cervini, al propio tiempo que llamaba a Roma, de Alemania, a Sebastián Pighino, para que diera cuenta de las cosas de aquel país. Morone resumió las no pequeñas dificultades que se oponían a la nueva convocación del concilio para Trento, y la comisión las consideró

(1) Véase la carta de Carlos V a Mendoza, que se halla traducida en Maynier, 502, nota, con la fecha equivocada de 18 de mayo en vez de 18 de marzo. Cf. Maurenbrecher, 228.

(2) Dandolo, 347. De Leva, V, 93. Brown, 5, n. 643.

(3) Vide la carta a Mendoza citada en la nota 1.

(4) Lanz, III, 1 ss.

(5) V. Raynald, 1550, n. 5 y 8; Massarelli, 162 s.; Druffel, I, 384.

muy atentamente. La consecuencia de estas deliberaciones fué aprobar la resolución de abrir de nuevo en Trento aquella asamblea (1).

En realidad, las dos dificultades principales que se habían tenido antes para volver a trasladar el concilio a Trento, habían dejado de pesar. Parecía removido el peligro de una intromisión del concilio en la elección pontificia, desde el momento en que el Papa no era ya como Paulo III un anciano caduco, sino un varón que gozaba todavía de muy buenas fuerzas. La otra dificultad, relativa a la validez de la traslación del concilio a Bolonia, hecha con aquiescencia del Papa, había dejado de existir, por cuanto, después que el cardenal Pacheco partió para el conclave, casi todos los obispos españoles habían salido de Trento; de modo que ya no se podía afirmar que continuaba allí aquella asamblea. Era, pues, posible, sin menoscabo de la dignidad de Julio III ni de su predecesor, reanudar en Trento las sesiones del concilio. Así lo disponía la capitulación electoral, así lo demandaban los nuncios de Alemania y así lo solicitaba el emperador, a quien se unió en esta parte el rey de Polonia. Continuar el concilio en Bolonia era imposible, por cuanto en tal caso se hubiera tenido que sentenciar sobre la traslación del concilio, que Julio III había promovido siendo legado y había defendido muy resueltamente. Mas con esto se hubiera suscitado de nuevo la antigua contienda. A todo esto se añadía, que el emperador había obtenido la aquiescencia de los Estados alemanes solamente para Trento como lugar del concilio (2).

Tan pronto como la comisión hubo emitido su dictamen, el Papa comunicó al embajador imperial Mendoza su designio de abrir el concilio en Trento, y enviar a Pighino como nuncio al emperador para evacuar las negociaciones preliminares. Pero le rogó que por lo pronto no publicara cosa alguna sobre este asunto,

(1) Vide Massarelli, 168 s.; el dictamen de Morone se halla en Raynald, 1550, n. 9, y en Le Plat, IV, 164; Relaciones de nunciaturas, XII, xxxiv, donde por error sólo están indicados cinco cardenales; la \*carta de Serristori de 24 de abril de 1550. Sobre la misión de los nuncios, ya en 26 de febrero había participado Serristori: \*Al Pighino mi disse S. Bne. che disegnava dare il carico di Nuntio appre[sso] all' imp<sup>re</sup>. In Francia disegna di mandare mons<sup>r</sup>. della Casa, ancora ch' ei mostri non contenta[rsi]. In Portogallo il vescovo Giambeccaro, et in Venetia il Beccatello. *Archivio público de Florencia*.

(2) Véase el Discurso mandato in Francia, en Pallavicini, 11, 8, 4.

por una parte, porque todavía se había de tratar de él en el consistorio, y por otra, para no dar a los franceses antes de tiempo ocasión de intervenir con intrigas para dificultarlo. También al nuncio en la corte imperial, Pedro Bertano, se le envió la correspondiente comunicación y provisionalmente se le impuso el silencio (1).

Mientras la concordia obtenida entre el Papa y Carlos V parecía asegurar la pronta continuación del concilio, el monarca francés, como lo había hecho antes Francisco I, promovía de nuevo las más peligrosas intrigas.

Enrique II se resignó a la elección de Julio III (2), pero no pudo sufrir la conducta amistosa del nuevo Papa respecto del emperador. El Pontífice hizo cuanto le fué posible para no herir la sensibilidad de Francia (3), pero los políticos franceses temían que se restableciera por medio de un concilio la unidad religiosa de Alemania, y tenían por mucho más ventajoso que durase la división religiosa, y con ella la debilidad de Alemania (4). Por esto no sirvió de nada que Julio III mostrara respecto del monarca francés la más extremada condescendencia, con el fin de quebrantar por lo menos su resistencia directa. Tampoco aprovechó que empleara el Papa toda su habilidad diplomática en sus negociaciones con los cardenales Tournon y Este, para remover las dificultades que oponía Francia (5). Las inmediatas negociaciones había de seguirlas Antonio Trivulzio, conocido y amado de la corte de Francia, y destinado a sustituir al actual nuncio Miguel della Torre (6); pero su despacho se difirió, lo mismo que el de

(1) Véase la relación de Mendoza en Druffel, I, 393, y la \*carta al vescovo di Fano [Bertano] per via di don Diego, fechada en Roma a 25 de abril de 1550. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. la carta de Enrique a Cosme I, en Desjardins, III, 233 s.

(3) \*Il card. di Ferrara a desiderate stanze in palazzo afín che fra tanti imperiali [Alvarez de Toledo y Carpi habían obtenido habitación en el Vaticano; vide Ribier, II, 264] si mostri pur che vi stia un di fazione Franzese et ha ottenute quelle che soleva tenere il camerlengo a tempo di Paulo disegante per il s. Balduino da Iulio. Carta de Serristori, de 17 de marzo de 1550 (*Archivo público de Florencia*). El cardenal francés no pudo alcanzar influjo, pues ellos andaban entre sí muy desunidos. Vide Romier, 236 s.

(4) Cf. Raynald, 1550, n. 10; Maurenbrecher 228.

(5) Cf. Ribier, II, 275 s.

(6) El \*breve, en que se da la orden de volver a M. della Torre, fechado el 25 de abril de 1550, se halla en el Arm. 41, t. LV, n. 360. *Archivo secreto pontificio*.

Pighino, a causa de la gota que acometió al Papa. Hasta principios de julio de 1550 no pudieron ambos ponerse finalmente en camino (1).

Pighino (2), nombrado arzobispo de Siponte y destinado a reemplazar a Bertano, que había sido nuncio hasta entonces, recibió por su instrucción redactada el 20 de junio, la advertencia de proponer al emperador cuatro consideraciones, no para crear obstáculos, sino para quitar de en medio, con inteligencia de ambas partes, algunas dificultades que aún subsistían. La primera consideración tocaba a los franceses, a quienes se debería determinar a tomar parte en el concilio, para que no acaeciera, que por los conatos de volver a ganar para la Iglesia a Alemania se viniese a perder Francia, o dar lugar a que su rey convocara un concilio nacional. Para alejar la desconfianza del monarca francés, por causa de hallarse Trento en tierras del emperador, estaba pronto Julio III a prometerle, que el concilio solamente se ocuparía en los asuntos de la fe y de la reforma de las costumbres, y en ninguna manera en cuestiones políticas, ni en los privilegios especialmente otorgados a los reyes de Francia. La segunda consideración se refería a la pobreza de la Sede Apostólica y de los prelados italianos, por razón de la cual parecía imposible sostener mucho tiempo los gastos que ocasionaría el sostenimiento del concilio y la presencia en él de los prelados. Por esta causa y con el fin de evitar inútil pérdida de tiempo, era incumbencia del emperador, en cuanto estuviera en su mano, cuidar de que el concilio comenzara puntualmente y pudiera sin dilaciones atender a sus trabajos. Debía, pues, Carlos V cerciorarse en la dieta imperial, de que así los católicos como los protestantes reconocerían el concilio, pues la sumisión de los alemanes había sido el principal presupuesto, por el cual la comisión cardenalicia había

(1) V. Mendoza en Druffel, I, 401, y Massarelli, 181. Cf. el cap. I.

(2) En Druffel, I, 243 ss. y en Laemmer, Melet., 156 s. Las correcciones del texto pueden verse en Pieper, 140 s. Cf. la relación de Dandolo de 14 de junio de 1550, en de Leva, V, 101. Los breves dados a Pighino para llevarselos a Alemania, de 23 de junio, ad duces Saxoniae, march. Brandenburg. et comitem Palat. Rheni se hallan publicados en Le Plat, IV, 165; los \*breves de 22 de junio de 1550 para princ. Hisp. y príncipes alemanes, tocante a la misión de Pighino, pueden verse en el Arm. 41, t. LVI, n. 574 (*Archivo secreto pontificio*). La partida de Pighino, que según Massarelli, 181, se efectuó el 2 de julio, la notifica ya \*Serristori el 1.º de julio de 1550. *Archivo público de Florencia*.

consentido en volver a reunir el concilio en Trento. La tercera consideración se refería a las decisiones dogmáticas ya tomadas en el concilio de Trento y en otros concilios, acerca de las cuales, desde el punto de vista católico, insistía el Papa con pleno derecho en que no podían ser de nuevo puestas en tela de juicio. Relacionábase con esto la difícil cuestión sobre cómo se habría de oír a los protestantes, dado que comparecieran en el concilio. Finalmente, la cuarta consideración miraba a la suprema autoridad del Papa y de la Sede Apostólica en el concilio y fuera de él, la cual no se podía menoscabar. Una adición a la instrucción, que se envió luego al nuncio, trataba del litigio acerca de la posesión de Plasencia.

La instrucción, asimismo redactada el 20 de junio, para Trivulzio (1), el cual salió de Roma el 5 de julio (2), hacía hincapié en que el Papa no daría ningún paso decisivo hasta que hubiese recibido la respuesta de Enrique II. Entre las razones que hacían que pareciese prudente reanudar el concilio en Trento, se propone como primera y principal la circunstancia de que, en la última dieta imperial celebrada en Augsburgo, todos los Estados del Imperio, así católicos como protestantes, se habían sometido a las decisiones del concilio de Trento. Siendo, pues, los alemanes quienes tenían mayor necesidad de esta medicina, el Papa faltaría contra su deber y su conciencia, si no estuviera dispuesto a volver a convocar el concilio para la mencionada ciudad. La cuestión acerca de si había sido válida la traslación a Bolonia ordenada por Paulo III, se dejaría provisionalmente sin resolver. Además se advirtió a Trivulzio, que llamara la atención sobre que, en caso de rehusarse la prosecución del concilio, el emperador se entendería con los protestantes por su propia autoridad, y podría entonces acusar al Papa de que había desatendido su obligación. Las cuatro

(1) Se halla en Druffel, I, 434 ss., con fecha equivocada, lagunas y faltas (vide Pieper, 141 s.). El Discurso enviado después a Trivulzio (véase Massarelli 182; Pallavicini, 11, 8, 4) no es seguramente idéntico a las instrucciones, como cree Druffel (v. Merkle sobre Massarelli, loc. cit.). Pero probablemente es cierta la conjetura de Pieper (p. 14, nota 2), de que pertenece también a este Discurso la ragione sottile alegada por Pallavicini, 11, 9, 2, de que al emperador había de importarle demandar el concilio, pero no el obtenerlo, porque en vez de utilidad política, podría ocasionarle serias complicaciones en Alemania. Enrique II por esta consideración había de ser apartado del pensamiento, de que en daño suyo Carlos V sacaría provecho del concilio.

(2) Massarelli, 181.

consideraciones de la instrucción de Pighino se hallan también casi con el mismo tenor en la de Trivulzio, al cual se le encargó además especialmente, que se pusiera en inteligencia con el cardenal Guisa (1).

Cuando Pighino, que empleó más de un mes en su viaje, llegó el 3 de agosto de 1550 a Augsburgo y a presencia del emperador (2), se había ya celebrado la apertura de la dieta, a pesar de lo escaso de la asistencia; pues ninguno de los príncipes electores seglares había concurrido personalmente. El embajador francés Marillac juzgaba, que Carlos V no había querido esperar deliberadamente la llegada de Pighino, y había abierto de un modo inesperado el 26 de julio la dieta imperial, diferida para el 10 de agosto, para prevenir por su propia proposición las dificultades, que por ventura pudieran nacer de las condiciones propuestas por el nuncio (3). En la proposición del emperador se decía lo siguiente: en las cosas de religión habían convenido los Estados en la última dieta imperial, que no había mejor camino para su discusión y decisión que un concilio general cristiano. Habiendo dado, pues, el Papa actual una benigna promesa y seguridad de que, conforme a los deseos del emperador y aprobación de los Estados, el concilio se reanudaría en Trento y se llevaría hasta el cabo, a su juicio no había más que hablar en esta materia, sino demandar al Papa que cumpliera su promesa (4).

Contra esto se declararon, no obstante, los plenipotenciarios de los dos más poderosos príncipes protestantes, Mauricio de Sajonia y Joaquín de Brandenburgo, los cuales exigieron expresamente que el Papa, como parte que era, no pudiese presidir en el concilio, y que se volvieron a poner a discusión los artículos de fe ya definidos. Con todo, por ser esta declaración opuesta a las resoluciones de la dieta precedente, no fué tomada en cuenta; antes bien, el 20 de agosto la mayoría de los Estados, así católicos como protestantes, se mostraron conformes en que el em-

(1) Julio III había dirigido ya el 16 de junio de 1550, un breve especial al cardenal Guisa sobre el asunto del concilio (vide Raynald, 1550, n. 10; Le Plat, IV, 165). Los breves de 16 de junio de 1550, al Card. de Borbonio, de Chatillon, de Vandomo, ducissae Valent., respecto a la misión de Trivulzio, se hallan en el Arm. 41, t. LVI, n. 552. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Marillac en Druffel, I, 469.

(3) Ibid., 459.

(4) V. Druffel, I, 454 s. y Janssen-Pastor, III, 707 s.

perador insistiera con el Papa en la continuación del concilio (1).

Pighino no tuvo que anunciar sino buenas noticias sobre su recibimiento por el emperador y sus negociaciones con el canciller Granvela (2). No se habían suscitado diferencias sustanciales. Pero acerca del ánimo de los protestantes no se forjó Pighino ninguna ilusión (3). Hubo de hacerle sentir la dificultad de la situación al haberse expresado de nuevo, en la respuesta de los Estados a la réplica del emperador de 8 de octubre, la pretensión de los protestantes, de que se hubiera de oír a sus representantes en el concilio aun acerca de los puntos anteriormente ya resueltos (4).

Verdad es que el emperador hizo dar al Papa por medio de su embajador Mendoza, una explicación tranquilizadora sobre este negocio, asegurando que, por más que se oyera a los protestantes, ninguna cosa se cambiaría de las anteriores resoluciones, las cuales no se haría sino repetirlas simplemente. También sobre la demora de Carlos V en Alemania hubo de dar Mendoza seguridades apaciguadoras (5). De este modo se había logrado una completa concordia entre el emperador y el Papa, y por esta parte ningún obstáculo se oponía ya a la convocación del concilio.

Mayores dificultades ofrecieron las negociaciones en Francia. El nuncio que allí estaba, Miguel della Torre, no omitió esfuerzo alguno para ganar a Enrique II para el proyecto del concilio; pero se le contestó que hasta la llegada de Trivulzio no se podría tomar resolución alguna. Que el rey era hostil en este negocio, se saca de su correspondencia con su embajador Marillac, que estaba entonces en Augsburgo (6).

Trivulzio obtuvo primeramente una respuesta cortés, pero que nada decía (7). Enrique II procuró diferir la resolución; pero finalmente declaró a los dos representantes del Papa, con franqueza brutal, que no tenía interés ninguno en promover el

(1) Cf. Druffel, I, 467, 477, 485, 494.

(2) Vide las relaciones de Pighino, de 10 de agosto en de Leva, V, 106 y de 12 de agosto en Laemmer, Melet., 165 s.; sus correcciones en Pieper, 10; *ibid.*, una relación de 15 de agosto. Cf. Pallavicini 11, 10, 1 s.

(3) Vide su relación de 10 de agosto en de Leva, V, 105, de 21 de agosto en Laemmer, Melet. 165 s., y de 5 de septiembre de 1550 en Pieper, 11 s. Vide Pastor, Esfuerzos de reunión, 422.

(4) Druffel, I, 512 s.

(5) Cf. Maurenbrecher, 230 s., 152 \*; Maynier 594.

(6) Cf. Druffel, I, 431 ss., 451.

(7) Cf. Massarelli, 187; Pallavicini, 11, 10, 1.

concilio, por cuanto su reino no lo necesitaba para nada. Sus súbditos eran buenos católicos; si había algunos apóstatas, serían castigados de tal modo que sirviera de escarmiento a los demás. Para la reforma del clero en Francia, había allí suficientes prelados eximios que llevarían al cabo esta empresa, sin que pareciera necesario para ello reunir un concilio universal. Tocante a la seguridad de Trento, el rey trajo a la memoria de los nuncios, que el Papa, siendo allí legado del concilio, temió por la seguridad de su propia persona, y por esta causa procedió a trasladar el concilio a Bolonia; de donde se colegía claramente que Trento no era lugar tan seguro como el Pontífice afirmaba. Con todo esto, si los demás príncipes se declarasen conformes, él, rey cristianísimo, haría lo mismo que habían hecho siempre en tales casos sus predecesores (1).

Las más apremiantes súplicas de los nuncios no pudieron obtener nada más del monarca, el cual ordenó a su embajador en Roma, d'Urfé, que hablara con el Papa en el mismo sentido. Al propio tiempo tergiversaba Enrique II los derechos de la Iglesia galicana, ordenaba la observancia de los decretos del concilio de Basilea, y oponía violenta resistencia al plan del Papa de conferir el obispado de Marsella a su nepote Cristóbal del Monte (2). Al breve que Julio III dirigió al rey el 22 de septiembre, se dió una contestación por extremo vaga y que a nada obligaba (3).

El Papa no se dejó desconcertar más tiempo por la actitud negativa de Francia, y por mucho que lamentara la conducta de Enrique II, fué, sin embargo, de parecer que después de las últi-

(1) V. la carta de Enrique II a d'Urfé, de 5 de agosto de 1550, en Ribier, II, 279. Cf. Maurenbrecher, 231 s.

(2) V. las relaciones de d'Urfé y del cardenal Hipólito de Este, enviadas desde Roma el 29 de agosto de 1550, en Druffel, I, 495 ss. Sobre el asunto de Marsella (v. Massarelli, 187), en el cual Julio III al fin llevó adelante su voluntad, v. Ruffi, Hist. de Marseille, II, 35. Julio III se había dirigido ya a Enrique II sobre este negocio por el \*breve de 15 de abril (Arm. 41, t. LV, n. 303; *Archivo secreto pontificio*). Cuán enojado estaba el Papa por causa de la oposición del rey, lo refiere Serristori en su \*carta de 23 de agosto de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(3) Cf. Raynald, 1550, n. 16; Le Plat IV, 167; Relaciones de nunciaturas XII, xxxvi. Sobre cómo Julio III procuró ganar a Enrique II para el asunto del concilio, por medio del cardenal Tournon, cf. la relación de este cardenal en Druffel, I, 511 s.